

## La Santidad Precede al Poder

*Muchos cristianos buscan atajos para alcanzar el poder de Dios. Intentar buscar atajos es, en el mejor de los casos, una frustración; en el peor, un falso maestro o profeta. Escuche cuidadosamente: hay tremendo poder para nosotros en Dios, pero no sin la santidad. La santidad precede al poder.*

### Cuando Juan vio a Jesús

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" Pero Jesús le respondió: "Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia". Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".  
—Mateo 3:13-17

Entendamos a este profeta, a Juan el Bautista. Según las Escrituras, Juan fue lleno con el Espíritu Santo "aun desde el vientre de su madre" (vea Lucas 1:15). También se nos dice que su venida era en el espíritu y poder de Elías. Los historiadores nos cuentan que el penetrante e inamovible ministerio de Juan guió a casi un millón de personas al arrepentimiento. Grandes multitudes viajaron desde sus ciudades y aldeas para ir al desierto a escuchar al profeta y ser bautizados en el arrepentimiento a fin de prepararse para el reino de Dios.

Sólo Jesús conocía la caída condición del corazón humano mejor que Juan. Ninguna clase de persona escapaba al juicio del Bautista: soldados y reyes, pecadores y líderes religiosos por igual fueron conducidos al "valle de la decisión". El bautismo de Juan era más que una simple inmersión en el agua. Él requería una confesión pública de los pecados, así como también una manifestación de la justicia (vea Mateo 3:6,8).

Jesús testificó que Juan era "más que un profeta". Él dijo que entre los que nacen de mujer "no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista" (Mateo 11:9-11). Juan era un "profeta vidente", lo que quiere decir que podía ver en el ámbito espiritual. Él dio testimonio diciendo "vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma" (Juan 1:32-33). Él vio "la ira venidera" (Mateo 3:7). Él testificó del "reino de Dios" (Mateo 3:2). Juan podía ver los secretos en el corazón de los hombres. Su visión penetraba la apariencia de los bien respetados fariseos; él vio dentro de sus almas que eran una "generación de víboras" (Mateo 3:7). Entienda esto acerca de los profetas, ellos pueden ver cosas que le están ocultas a las demás personas.

Pero cuando Jesús llegó para ser bautizado, antes que los cielos fueran abiertos y que el Espíritu Santo descendiera, Juan vio algo que era sobrecogedor, aun para su alto estándar de justicia. Vio el corazón de Jesús y vio que en él *no había pecados, ni mentiras ni lujurias*. Juan vio un nivel de santidad que, sin saber que contemplaba al Mesías, le hizo exclamar maravillado, "Yo necesito ser bautizado por ti" (Mateo 3:14).

Jesús, como el "Cordero de Dios" (Juan 1:35-36), carecía de mancha o contaminación. Esto es exactamente lo que el profeta vio en Jesús: *pureza inmaculada de corazón*. ¡La virtud de Jesús dejó a Juan sin aliento! La poderosa emanación de la pureza interna de Cristo hizo que Juan inmediatamente se percatara de su propia necesidad. Cuando Juan vio a Jesús descubrió un nivel de justicia que era más alto y más puro que el suyo. Este gran profeta vio dentro del corazón de Jesús y en el resplandor de la santidad de Cristo, exclamó: "Yo necesito" (Mateo 3:14).

Y así es con nosotros. Cada vez que vemos a Jesús, cada revelación sucesiva de la pureza de Cristo hace más aparente nuestra propia necesidad. Al desplegarse la santidad de Cristo delante de nosotros, no podemos sino hacerle eco a la exclamación de Juan el Bautista: "*¡Yo necesito ser bautizado por ti!*".

Sin embargo, al comenzar nuestro caminar, abrazamos la vida en nuestras propias fuerzas, confiando en nuestras propias habilidades para conseguir el éxito. Sí, nos volvemos a Dios, pero principalmente en tiempos de dolor o prueba. Sin embargo, al llevarnos el Señor a la madurez, descubrimos que lo que una vez consideramos fortalezas de hecho resultan ser debilidades más sutiles. Nuestro orgullo y auto confianza nos impiden buscar la ayuda de Dios; la voz de nuestras muchas ideas y deseos ahogan el silbido delicado y apacible de Dios. Ciertamente, a los ojos de Dios, el mejor éxito humano sigue siendo "desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apocalipsis 3:17).

Con el tiempo descubriremos que toda verdadera fortaleza, toda verdadera eficacia—sí, nuestra santidad misma—comienza con el descubrimiento de nuestra necesidad. Nos haremos más débiles, menos confiados en nuestras habilidades. Al desmoronarse el cascarón externo de la auto justificación, *Jesús mismo* se convierte en la respuesta de Dios a toda persona que clama por santidad y poder en su caminar.

Tal vez pensemos que tenemos dones espirituales, tal vez supongamos que somos santos, tal vez nos regocijamos con los éxitos humanos, pero hasta que veamos a Cristo y abandonemos nuestra confianza en nuestra auto justificación, todo lo que llegaremos a tener será—en el mejor de los casos—religión.

¡Oh! ¡Tomemos esta verdad con ambas manos, que no se nos escape nunca! *¡Jesús mismo es nuestra fuente de santidad!* Estamos tan ansiosos por hacer algo por Él... cualquier cosa, ¡siempre y cuando no tengamos que cambiar por adentro! Dios no necesita lo que podemos hacer, Él quiere quienes somos. Él quiere hacer de nosotros un pueblo santo. No nos sintamos ansiosos en el proceso. Permitámosle hacer un trabajo interno profundo de preparación. ¡Jesús vivió treinta y tres años de pureza sin pecado antes de obrar una sola manifestación de poder! Su objetivo no fue hacer un trabajo grandioso sino agradar al Padre con una vida santa.

Escuche, nuestro objetivo, de la misma forma, no es el hacernos poderosos, sino el volvernos santos con la Presencia de Cristo. *Dios promete llenar de poder aquello que Él primero ha hecho santo.* ¿Quiere usted que su cristianismo funcione? Entonces busque a Jesús en Persona como su fuente y estándar de santidad. ¿Quiere usted ver el poder de Dios en su vida? Entonces busque conocer la pureza del corazón de Cristo. Si es que estamos convirtiéndonos en el pueblo que Dios llama como Suyos, debemos crecer en santidad. Un cristiano maduro será santo y poderoso, pero la santidad precede al poder.

~~~~~

El mensaje precedente fue tomado del Libro del Pastor Frangipane, [\*La Santidad, La Verdad y La Presencia de Dios\*](#). Puede obtenerlo en [www.arrowbookstore.com](http://www.arrowbookstore.com).